

vergüenza y por el deseo de que la muerte de Balarán no quedase impune.

No era como el alcázar de Benarés el edificio en que Morsamor se refugiaba. Apenas se había empleado la piedra para construirle, sino la madera, tan abundante en la selva que en torno se extendía. Allí era fácil de conseguir el incendio, y el incendio era el medio más seguro de vencer sin sacrificar muchas vidas.

Gran número de sitiadores, con actividad diligente, solícita, casi frenética, allegó y trajo leña y hojas secas, y, formando con ellas enormes montones y altos rimeros, las arrimó á las puertas y á las paredes. Los sitiadores más decididos prendieron fuego por varios puntos, y, favorable el viento á su intención, estimuló el fuego soplando. Rojas llamas se levantaron lamiendo y escalando los muros. Negra y espesa humareda envolvió el edificio como en velo entutado de fúnebres crespones.

Nada había advertido Morsamor. Satisfecha en Balarán su venganza, daba rienda suelta á su pena, abrazado al cuerpo inerte de Urbási, cubriéndole de besos y de lágrimas y anhelando hacerle revivir con su aliento.

Tomás Cardoso y los demás aventureros tuvieron que apartarle de allí, bajándole casi en volandas hasta la puerta principal del edificio. Era menester salir fuera, abrirse paso ó morir

hiriendo y matando, si no querían todos perecer ahogados por el humo ó devorados por las llamas.

Morsamor se repuso de su doloroso desfallecimiento, hizo abrir la puerta, que ya empezaba á arder, y con heroica furia se abalanzó contra los sitiadores.

XXVIII

Aunque Morsamor parecía invulnerable y aunque los cincuenta hombres que permanecían vivos bajo su mando eran diestros y prodigiosamente valerosos, todos sin duda iban á perecer allí peleando contra un ejército. No peleaban por la victoria. No peleaban por la salvación en la fuga. Peleaban sólo para vender caras sus vidas. Caras las vendían, en efecto, pero Morsamor notaba con angustia compasiva que sus fieles y devotos amigos iban cayendo también.

De súbito el ronco clangor de retorcidas y bárbaras trompetas estremeció el ambiente. Mil y mil gritos salieron de las bocas de los indios, medrosos y aterrados. Morsamor y los suyos vieron con sorpresa que sus contrarios, en confuso desorden, huían á la desbandada, tiraban las armas para correr con mayor ligereza y buscaban refugio y escondite en lo más intrincado del bosque, ya que no en las entrañas de la tierra:

¿Qué poder misterioso acudía en auxilio de Morsamor? No tardaron en aparecer los imprevistos auxiliares. Venían en ligeros caballos. Eran guerreros, de fea y terrible catadura, armados de largas lanzas, de agudas flechas y de flexibles arcos. En sus rostros, casi imberbes, aunque varoniles y fieros, resplandecía, sobre el amarillo obscuro de la tez curtida, la exultación alegre del triunfo. Sus pómulos eran salientes, gruesos sus labios y la nariz aplastada, oblicuos y pequeños sus ojos, y negras las ralas cerdas del largo bigote, y negros los cabellos que pendían lacios sin ondas ni rizos. Cubrían sus cabezas gorras de hirsutas pieles, envolviendo capacetes de cobre, y sostenidas por barbuquejos de lana cuyas extremidades flotaban sobre el pecho.

Extraordinaria fué la sorpresa de Morsamor cuando vió en medio de esta tropa, que parecía fantástica legión de demonios, á su doncel sutil Tiburcio, que venía como guiándola y capitaneándola, más gallardo y gentil que nunca.

Fugados ó muertos los indios, Tiburcio llegó donde estaba Morsamor y le estrechó en sus brazos. Algunos de los al parecer más importantes soldados de su extraña tropa desmontaron de los caballos, lanzaron ahullidos, en señal de alabanza, admiración y júbilo, alzaron á Morsamor en hombros, y se apartaron del palacio que el voraz incendio ya consumía. Hicieron luego que

Morsamor y los suyos montasen todos á caballo, y con profundo acatamiento y pompa triunfal se pusieron en marcha.

Tiburcio cabalgaba al lado de Morsamor y se lo explicó todo.

Aquellos hombres eran los mongoles. Babur, su monarca, apaciguados ya sus vastos dominios, había caído como el rayo sobre la India. Acababa de reconquistar á Lahor y se había apoderado luego de Delhi y de Benarés, la ciudad santa, donde le habían dicho que Balarán se había declarado Brahmatma. No encontró allí á Balarán y salió en su busca, á fin de vencerle y de vencer su ejército. Internado Balarán en la selva, Babur hubiera tardado en encontrarle ó no le hubiera encontrado, si Tiburcio, acertando á presentarse ante él, no se hubiera ofrecido á servirle y no le hubiera servido de guía.

Muerto Balarán, y sabiendo ya Babur por sus esculcas las apenas creíbles hazañas de Miguel de Zuheros, iba, según anunciaba Tiburcio, á recibirle con palmas y laureles.

Cualquiera otro héroe, no atormentado del dolor más acerbo, hubiera tenido por altamente dichoso el éxito de aquella jornada y se hubiera enorgullecido de las distinciones honrosas de que colmó Babur á Miguel de Zuheros cuando éste llegó á su presencia.

Babur quiso tomarle á su servicio, pero Mor-

samor se excusó cortesmente, alegando su honda melancolía y afirmando que su destino le llamaba por muy distinta senda y que él no podía menos de acudir á su misteriosa vocación y de cumplir las órdenes del destino.

Tiburcio de Simahonda, Tomás Cardoso y cuarenta aventureros portugueses, que sobrevivieron á la batalla, acompañaron á Morsamor, y cargados de presentes y de riquezas se separaron de Babur y de sus mongoles.

Babur dió á Miguel de Zuheros una áurea lámina, como la que Kubilai-Kan había dado á Marco Polo, para que le sirviese de salvoconducto ó pasaporte por donde quiera que fuese. En el oro de la lámina estaban grabadas, en caracteres mongólicos, las más encarecidas recomendaciones, autorizado todo ello por la firma de Babur y por su regia marca.

Como curioso accidente, que no debe omitirse aquí, haremos constar que la tropa de Morsamor partió reforzada por seis mongoles que se resolvieron á seguirle, movidos de afecto á España y de vivo deseo de ver aquella tierra distante. No parecerá el caso inverosímil si decimos que dos de los mongoles se apellidaban Pérez, dos Fernández y Jiménez otros dos. Aunque confusa y enmarañadamente, los seis presumían de buenos cristianos, y todos eran tataranietos de tres elegantes y lindos escuderos de Castilla, que ha-

bían acompañado á Ruy González de Clavijo cuando visitó á Tamerlán como Embajador de Enrique III. Tres señoronas de la corte de Samarcanda, tan encopetadas como antojadizas, se habían prendado de los escuderos susodichos, se habían casado con ellos, reteniéndolos en el centro del Asia, y de tales enlaces procedían los Pérez, los Fernández y los Jiménez, de cuyo patriótico atavismo aquí damos cuenta.

XXIX

Transida el alma de dolor por el trágico fin de Urbási y por la mortífera lucha que había sostenido, Morsamor huyó de la India, como para libertarse de los malos espíritus que le acosaban y le atormentaban. Como Orestes, perseguido por las Furias, caminaba Morsamor sin saber casi hacia donde caminaba. Confiado en él y en su ventura, le seguía su valiente tropa. Tiburcio solía cabalgar junto á él y procuraba consolarle y entretenerle con pláticas amenas y con juiciosas reflexiones.

—El mal y el bien, dijo una vez, la próspera ó la adversa fortuna carecen á menudo de ser real y dependen de nuestro modo de entender las cosas. De aquí que yo pueda afirmar razonablemente que tú no debes quejarte de tu suerte, sino tenerla por próspera. El problema más di-

ficil que hay que resolver, la suerte te le dió resuelto desde el principio. En la más penosa é ingrata tarea en que los hombres tienen que emplearse no te has empleado tú, pudiendo elevarte así sin estorbo hasta una posición donde tanto la felicidad como la infelicidad tienen superior magnitud á las del vulgo de los mortales.

—Cada día me convenzo más, interrumpió Morsamor, del fundamento y de la justicia, con que te llamo el doncel sutil. Tales son en este momento tus sutilezas, que no las entiendo.

—Pues préstame atención y óyeme, replicó Tiburcio, y ya verás, cuán bien me entiendes y cuán claro me explico. Por la generosidad primero y por la alquimia del Padre Ambrosio, y más tarde por lo mucho que hemos garbeado en guerras, saqueos y batallas, no somos pobres, sino ricos. Á lomo de unas cuantas mulas traes contigo un tesoro de despojos; oculta en bolsa de cuero, bajo el sayo y pegada á tu carne, llevas gran cantidad de piedras preciosas, de tal valor algunas que podrías, vendiéndolas, adquirir con su precio la mitad de Castilla, ó restaurar en todo su esplendor á Medina del Campo, que el ejército fiel á nuestro monarca Carlos de Gante, robó y asoló casi en los mismos días en que nos escapamos nosotros del convento en busca de aventuras. Te hallas, pues, y te has hallado desde que te escapaste en posición muy

ventajosa. La mayoría de los hombres consumen la vida en ganarse la vida, y, como se la ganan perdiéndola y gastándola, no les queda vida de sobra ni para amar, ni para deleitarse, ni para trazar heroicos planes y realizarlos luego, ni para otros mil asuntos que debemos calificar de lujo y de poesía. La gente humilde y trabajadora, los ganapanes y destripaterrones, que sudan y se afanan para procurarse el sustento, son como las orugas y como los miseros gusanos, que se arrastran con lentitud, que se esconden entre el follaje, y que no pueden ejercer otra función sino la de nutrirse, mientras que tú y otros como tú, siempre bien nutridos y exentos de tan ruin cuidado y de menester tan vil, sois como las mariposas, que despleáis á la luz del sol los nitidos colores de vuestras alas, que voláis entre las flores, que libáis el néctar de sus cálices y que gozáis de amor y de gloria.

—Algo de verdad hay en lo que afirmas, dijo Morsamor. No carezco de riquezas. Además de las que llevo conmigo, tengo confiadas no pocas al fiel y cauto Gaston Vandempeereboom. Puedo con desahogo aventurarme en las más altas empresas. Y sin embargo, me considero tan infeliz que preferiría volver á ser un pobre fraile, despreciado, viejo y enfermizo, ó ser un ruin y hambriento pordiosero.

Ingeniosamente impugló Tiburcio estas razo-

nes, manifestando que el pordiosero y el fraile, sobre ser desvalidos y menesterosos, lo cual no es chica pena, pueden padecer además tormentos insufribles.

—¿Has olvidado, acaso, concluyó Tiburcio, cuánto te atormentabas en el claústro? No me parecías allí virtuoso penitente, ministro del Altísimo, sino energúmeno ó criatura poseída de un enjambre de demonios.

Así cuidaba Tiburcio de consolar á Morsamor, no probando que era dichoso, sino tratando de probar que otros habían sido más desdichados.

Poco á poco, y aunque algo á la ventura, con el propósito de llegar al grande imperio del Catay, nuestros viajeros se internaron por tortuosas y revueltas cañadas, que á cada instante se tornaban más ásperas y solitarias. Por donde quiera breñas, matorrales y riscos, y con frecuencia despeñaderos medrosos, en cuyo borde resbaladizo se desenvolvía la apenas trazada senda que iban hollando.

El horror y la esquividad del paisaje crecían á cada paso. Hasta los más audaces se asustaban y anhelaban volver atrás. La terca persistencia de Morsamor y el respeto que Morsamor infundía, los forzaba á seguir adelante. Con prudente cautela, y como por milagro, lograban que no tropezasen los caballos y las mulas en aquellos vericuetos y que no cayesen rodando en hondo

precipicio con el jinete ó con la carga que llevaban. Más propios de cabras monteses que de hombres eran aquellos sitios. Podría asegurarse que jamás se había estampado en ellos la planta humana. Era terreno desconocido, por donde, si lograban atravesarle, llegarían sin duda á no menos desconocida é inexplorada comarca.

La vereda daba innumerables rodeos. Á veces iba en muy pendiente cuesta abajo, pero más á menudo se elevaba en cuesta no menos pendiente. Los cerros, á un lado y á otro, parecían ir creciendo. En sus enhiestos picos relucía el hielo perpetuo. La amontonada nieve bajaba hasta no muy lejos del camino, si era camino el desfiladero, cada vez más angosto, por donde marchaban.

Lo terrible de aquella peregrinación estaba por cima de todo encarecimiento cuando la noche envolvía en sus tinieblas á los viajeros.

Una noche, por último, fué indescriptible la angustia de todos. Á pesar de la densa y casi impenetrable obscuridad, sintieron que se hallaban en una grande altura; que los cerros, por medio de los cuales habían caminado, quedaban atrás; que á un lado y á otro se les abría despejado, extenso horizonte; y que, delante de ellos, ó descendía la senda, con inclinación que la hacía intransitable para hombres y para bestias de carga, ó se convertía en despeñadero ó abismo.

Allí se pararon aguardando ansiosos el día y acurrucados bajo algunas tiendas de campaña que un viento frío é impetuoso amenazaba derribar y que los amedrentaba con siniestros silbidos.

Larga como un siglo se les antojó aquella noche, pero el alba perezosa vino al cabo á disipar las sombras, á dorar las nubes, á teñir el cielo de azul y de púrpura y á impregnar el aire en claridad luminosa.

Extraordinarias fueron la sorpresa y la alegría de los peregrinos cuando vieron extenderse á sus pies, desde la elevación en que se hallaban la más amena, fértil y bien cultivada llanura que imaginarse puede. La vega deleitosa estaba regada por dos ríos y por muchos arroyos y acequias de agua cristalina. Se veían huertos, sembrados, y muy elegantes jardines. Bien cuidadas sendas iban de un lugar á otro, entre dos hileras de árboles copudos y umbríos. Los frutales más preciosos se ostentaban en las huertas. Se distinguían bien los muros, palacios, templos y monumentos de una muy hermosa ciudad; y más cerca, casi al pie de la sierra, un edificio amplísimo, á modo de suntuoso monasterio, tal por su esplendor y grandeza, que nada en la mente de los viajeros se le igualaba en España ni en Portugal, ni en la propia Samarcanda, aunque ellos magnificasen con el afectuoso recuerdo la es-

plendidez de lo que cada cual había visto y admirado en su patria.

La cuestión ahora era bajar hasta la vega desde la enriscada cumbre ó viso en que estaban. Harto se afanaron por conseguirlo, pero lo consiguieron al fin dando muchas vueltas y describiendo muchas eses, para no despeñarse por los tajos de aquella agria ladera.

Ya casi en lo llano, se hallaron en un verde soto, en medio de frondosos y gigantescos árboles, y por cuyo centro se precipitaba caudaloso arroyo, dando saltos y formando copos de rizada y cándida espuma sobre el haz de sus agitados cristales.

Muchas aves había por allí que ya trinaban alegres, ya volaban de rama en rama, sin el menor recelo de los hombres. Francolines de vistosas plumas corrían en bandadas.

Tomás Cardoso, que era gran cazador, no pudo resistir á su deseo de matar el que le pareció más grueso y más cercano. Disparó una flecha, y el pájaro cayó herido á poca distancia.

Entonces salió de la espesura un viejo, algo encorvado por la edad, que parecía llegar á cien años, y con airado acento censuró la cruel conducta de Tomás Cardoso y hasta le amenazó con un castigo. Con burla y desprecio respondió el portugués al pobre anciano y dirigió sobre él el caballo para asustarle. Mas, ¡oh raro prodigio!

el viejzuelo alzó en el aire el báculo en que se apoyaba y dirigió la contera hacia el caballo que sobre él venía. El caballo dobló al punto las rodillas y bajó la cabeza hasta el suelo, como para besarle con humildad. Aquellos movimientos fueron tan rápidos, y fué tanto el descuido de Tomás Cardoso, por no preverlos, que el caballo le botó de la silla y le apeó por las orejas, excitando el caído la risa de sus compañeros á pesar del asombro que el sobrehumano poder del viejo les habia causado.

Se adelantó entonces Tiburcio, y, sirviendo de intérprete, en vulgar dialecto indostani, preguntó al viejo quién era él y en qué país se hallaban ellos.

El viejo contestó al punto en un idioma de cuyos vocablos no sabian uno siquiera ni Tiburcio, ni Morsamor, ni ninguno de los que iban acompañándolos.

Pero esto fué lo más raro y maravilloso. Ni Tiburcio, ni Morsamor, ni el más rudo de los allí presentes dejó de entender lo que el viejo decia, como si á cada uno en su patria lengua le hablase.

El viejo les dijo:

—Os hago saber que yo soy el ayuda de cámara, secretario ó fámulo del muy egregio señor Sankaracharía. Gracias á él, y comunicados por él, poseo varios importantes dones. Es uno de

ellos el de adivinar los pensamientos ajenos, y es otro el de sugestionar ó infundir los pensamientos propios en las ajenas mentes sin valirme del auxilio de la palabra y del intermedio de los sentidos corporales. Os he escuchado y os he hablado por costumbre y rutina y para no faltar al uso corriente, pero sin hablar entiendo y me hago entender y así continuaremos nuestra conversación. Os digo con franqueza que no comprendo cómo habéis podido llegar hasta aquí. Mi amo me lo explicará todo, porque todo lo sabe. Ahora conviene que os lleve á su presencia. Es cortés y benigno; perdonará vuestra audacia y os recibirá amistosamente. Seguidme y os serviré de guía.

Dicho esto, volvió la espalda, empezó á andar y todos le siguieron.

XXX

No tardaron mucho en hallarse á la vista de un edificio tan suntuoso, grande y de tan florido estilo, que en su comparación, parecería miserable choza, la casa más capaz y elegante de Padres Jesuitas, sin exceptuar la que tienen en Loyola. Sobre la puerta principal habia una inscripción en gruesas letras de oro. Como ya estaban todos sugestionados por el fámulo, aunque la inscripción estaba en sánscrito, la leyeron y entendieron,

como si estuviese en portugués ó en castellano. La inscripción decía: *Cenobio de la jubilación varonil.*

El fámulo aclaró el concepto de esta suerte:

—Los señores que aquí viven, son los señores más sabios que hay en el mundo. Con su exquisito régimen higiénico, con su dieta herbívora, y con su prudente y morigerada conducta, prolongan mucho la vida. Aquí no contamos por decenas si no por docenas. El término natural y ordinario de la existencia, es aquí de una gruesa de años ó dígame de ciento cuarenta y cuatro. Cuando alguien por accidente muere antes, decimos que se malogra. Siete son los principios ó elementos que en armonioso conjunto constituyen el ser humano. El número siete es simbólico y posee no pocas virtudes. Según nuestra Constitución social y política, histórica y filosófica, interna y externa, la vida de acción acaba en cada individuo cuando éste cumple siete docenas de años. El día en que los cumple, es el día de su jubilación y él se retira á este *Cenobio* y pasa de la vida activa á la vida contemplativa.

Así, el fámulo iba enterando de todo á Morsamor y á su tropa. Y gracias á la sugestión, no sólo les daba noticias, sino que también les inspiraba sanos, juiciosos y vehementes deseos. El de bañarse, fregarse y escamondarse, fué el primero que les inspiró, y para que le lograsen,

como le lograron, los introdujo en unas maravillosas termas, donde brochas y suaves cepillos automáticos los ungieron con aromático y espumoso jabón y les dieron gratas y purificantes fricciones. Recibieron luego duchas de agua perfumada, se secaron con finisimas sábanas de lino y quedaron como nuevos de puro lustrosos. Todos parecían más guapos y más jóvenes que antes. Al revestirse, notaron con agradable pasmo que la ropa interior había sido lavada y planchada, (permitaseme lo familiar de la expresión) en un periquete, y que asimismo olía muy bien, gracias á un exquisito sahumero. Los coletos, los gregüescos, las calzas y demás ropilla exterior todo se había limpiado, quedando muy decente y desapareciendo las manchas sin el empleo de la bencina ni de otras sustancias apesadas.

El fámulo les dijo que era muy conveniente que ellos se presentasen de un modo decoroso ante el señor Sankaracharía.

Los llevó en seguida á un bonito y capaz refectorio, donde almorzaron sutiles extractos, que paladeaban y saboreaban con raro deleite y que eran tan nutritivos y tan poco groseros, que bastaba para alimentar y satisfacer á un jayán, lo que cabe en una jícara de chocolate.

A todo esto, Morsamor y los suyos notaban con extrañeza que no aparecía nadie y que el

Cenobio estaba como desierto. Adivinó el fámulo lo que pensaban y aclaró el caso de este modo:

—No quiero que andéis maravillados y suspensos al ver esta mansión desierta. En ella no hay en este momento sino otros pocos fámulos como yo, retirados sin duda, cada uno en su celda. Los señores han salido todos. No volverán hasta tres horas después de medio día, porque hoy tienen *Recordatorio galante*.

Impaciente Morsamor por averiguar lo que aquello significaba, interrumpió al viejo preguntándole:

—¿Y qué *recordatorio* es ese?

—El *Recordatorio galante*—contestó el viejo—consiste en la costumbre que tienen los señores de ir una vez por semana al cercano *Cenobio de la jubilación femenina*, donde las señoras ancianas, dulces compañeras de su mocedad, los reciben de visita, los agasajan con un delicado banquete, recuerdan con ellos los juveniles gozos y hasta cantan y bailan y huelgan y se entretienen, si bien con la majestad, el entono y el sereno juicio que importan en la edad madura.

Paseando por los alrededores del *Cenobio* y admirando los verjeles que le circundaban, estuvieron Morsamor y su gente hasta que pasaron las horas del *Recordatorio* y volvieron al *Cenobio*: los señores ancianos.

Cosa de encanto les pareció el verlos venir.

Con pausa solemne venían en dos hileras, como dos centenares de venerables viejos, vestidos de largas, flotantes y cándidas vestiduras. Todavía eran más cándidos y relucientes sus cabellos levemente rizados y sus luengas y bien peinadas barbas. Al andar, se apoyaban algunos en dorados báculos. Otros traían y tocaban arpas, violines y salterios. Guirnaldas de verdura y de flores ceñían las sienes de todos aquellos ancianos.

El fámulo, que para verlos pasar se había echado á un lado con los forasteros, dijo á éstos cuando llegó frente de donde estaban el viejo tal vez de mayor estatura y de más gravedad y belleza de rostro.

—Ese es mi amo, el señor Sankaracharía. Trae, como veis, una guirnalda de yedra y de violetas, con que le ha coronado hoy su esposa, para simbolizar el púdico, modesto y apretado lazo con que siempre la tuvo ceñida y prendida.

Al són de los instrumentos músicos, venían todos cantando, con deliciosa melodía, un himno del *Rig-Veda*, del que Morsamor comprendió milagrosamente y conservó en la memoria, no sabemos si con entera fidelidad, las siguientes estrofas:

«Aureo germen de luz apareciste al principio. Soberano del mundo llenaste la tierra y el cielo. ¿Eres tú el Dios á quien debemos ofrecer holocausto?»

«Tú das la vida y la fuerza. Los otros dioses anhelan que los bendigas. La inmortalidad y la muerte son tu sombra. ¿Eres tú el Dios á quien debemos ofrecer holocausto?»

«Las montañas cubiertas de nieve y las agitadas olas del mar anuncian tu poderío. Tus brazos abarcan la extensión de los cielos. ¿Eres tú el Dios á quien debemos ofrecer holocausto?»

«Tú iluminas el éter. Tú afirmas la tierra y difundes la claridad por entre las nubes. Cielo y tierra te miran temblando á ti que los criastes. De tu radiante cabeza nace la aurora. Sobre las aguas que engendraron la luz primera y que se precipitan en el abismo, tiendes tú la serena mirada. Sobre todos los númenes te elevas cual Dios único. ¡Oh custodia y faro de la verdad! ¿Eres tú el Dios á quien debemos ofrecer holocausto?»

XXXI

Como los sabios ancianos venían algo fatigados de la inocente huelga que habían tenido, el fámulo dejó que reposasen y durmiesen la siesta un par de horas, y luego llevó á Morsamor y á los suyos á la presencia del señor Sankaracharía, quien los recibió con distinguida afabilidad y extremada finura.

Ya sabía Morsamor por el fámulo que el señor

Sankaracharía era el escritor más notable que había entonces en el *Cenobio* y en toda aquella República. Los libros que había compuesto y que componía, eran epitomes ó brevísimos compendios, en estilo llano, para poner al alcance del vulgo los más útiles conocimientos. Por el método, orden y nitidez de la exposición, ensalzaba el fámulo, entre dichos libros, los que se titulan *Tattva Bodha, Conocimiento de la existencia; Atma Bodha, Conocimiento del yo (Dios); y Viveka Chudamani, El Paladión de la sabiduría.*

—Aunque estos libros, añadía el fámulo, son sólo rudimentos y preparativos para iniciación más alta, nadie consiente por acá que se comuniquen á los europeos, cuya inteligencia carece de la sólida madurez que para comprenderlos se requiere. Sólo dentro de tres siglos y pico, podrán ser y serán traducidos, leídos y semi-comprendidos en Europa por algunas pocas almas excepcionalmente superiores.

Ya conjeturará el lector de la singular historia que vamos escribiendo, el mar de confusiones en que un espíritu tan escéptico y tan crítico, como el de Morsamor, hubo de engolfarse y hasta de anegarse al ver y al oír tan estupendas cosas.

—¿Qué diantres de personajes serán estos viejos? se preguntaba él cavilando. ¿Serán en realidad profundamente sabios, estarán de buena fe,

llenos de vanidad y de soberbia por la comodidad y el regalo con que viven, gracias á sus envidiables inventos ó habrá en ellos algo de embaucadores y de farsantes?

Así discurría Miguel de Zuheros, pero se callaba y ni al doncel sutil confiaba su discurso. De todos modos, Miguel de Zuheros sentía muy picada su curiosidad y anhelaba investigar y averiguar más de lo que ya sabía por el fámulo. Y como el señor Sankaracharía era muy conversable y muy fino, procuró charlar con él, lo consiguió fácilmente y le interrogó sobre diversos puntos. De las contestaciones que obtuvo del sabio viejo, hemos podido recoger aquella parte que por ser menos profunda está más á nuestro alcance y vamos á ver si acertamos á transcribirla clara y fielmente.

—El *ocultismo*, dijo Morsamor, no acaba de justificarse á mis ojos. ¿Por qué escondéis avara y egoístamente vuestra ciencia, si vuestra ciencia es buena y puede hacer á los hombres, mejores y más dichosos?

—No transmitimos nuestra ciencia, respondió el sabio viejo, porque lo esencial de ella es intrasmisible. Cada ser humano la crea en sí y para sí, sumergiéndose en el abismo de su propia alma, con intuición sólo eficaz cuando el alma está ya purificada y educada, exenta de egoísmo, libre de pasiones, apetitos y concupis-

encias vulgares y apta para entrar en el santuario íntimo de la conciencia suprema, donde todo es uno, el conocer, el que conoce y lo conocido. Para adquirir esta indispensable previa aptitud, jamás basta una sola vida. Sólo puede conseguirse después de muchas *reencarnaciones*.

—¿Sabes tú, preguntó Morsamor, por cuántas has pasado ya?

—Mi *clarividencia*, en ese punto, no es completa todavía, replicó el anciano; pero entreveo y percibo en la penumbra confusa de mis recuerdos *ultranatales* que he muerto y renacido ya treinta veces en esta mansión terrenal. Y todavía sé poco y todavía para seguir estudiando tendré que morir y que renacer dos ó tres veces más antes de alcanzar el *nirvana*.

—¿Y que es el *nirvana*?, dijo Morsamor.

—Declarártelo bien, contestó el viejo, implicaría dos cosas tan difíciles que rayan en lo imposible. Es la primera que si lo supiese yo, yo estaría ya en el *nirvana* y sería omniscio ó digase conocedor de cuanto ha sido, es y será; del sujeto, del objeto y de la síntesis en que se enlazan é identifican, siendo todo y uno y disipándose las aparentes ilusiones que distinguen, individualizan y separan. Y es la segunda que, aun poseyendo yo tan alta bienaventuranza, no hallaría para transmitirté su concepto medio alguno de expresión en lenguaje humano, ni tam-

poco en la sugestión directa y pura. Por ahora, reprime tu curiosidad y aguántate sin saber lo que es el *nirvana*. Acaso, dentro de algunos siglos, cuando subas á vida más alta, trasluzcas ó columbres lo que es.

Morsamor se resignó por que no había otro remedio; mas para consolarse hizo preguntas menos transcendentales.

— Aunque lo más substancial y elevado de vuestra ciencia sea intransmisible, todavía no me explico y deploro que viváis tan aislados en este esquivo rincón del mundo, sin influir en las andanzas del humano linaje, y sin enseñar á alguien que no sea de los vuestros, ya que no lo más elemental de vuestra ciencia, el método ó camino que á ella conduce.

— Tu suposición es infundada, dijo el anciano. Nosotros distamos mucho de vivir aislados. Desde hace miles de años estamos en comunicación y tenemos trato con no pocos espíritus selectos, aun de los que han vivido ó viven más lejos de aquí. Nosotros les hemos comunicado generosamente algo de lo que sabemos y podemos comunicar. Sobre todo, hemos sido dadivosos, espléndidos, con aquellos que han logrado penetrar hasta aquí y hacernos una visita. Uno de los primeros que vino á vernos desde Europa fué Pitágoras de Samos, y á nosotros se nos debe no pequeña parte de su sistema filosófico. A des-

pecho de nuestra prudencia y de nuestra ancianidad, he de confesarte que pecamos por un exceso de galantería, y siempre que aparece en nuestra tierra alguna dama extranjera de distinción y aficionada al saber, la recibimos con finisimas atenciones y hacemos cuanto está á nuestro alcance por ilustrarla. Valgan como ejemplo la famosa Sibila Eritrea y más aún la linda hija de un honrado *lucumon* etrusco que vino acompañándola. Ella cautivó de tal suerte con su gentil presencia y con su mucha discreción á nuestros antepasados, que consiguió la dotasen de pasmosa sabiduría. Cuando volvió á Italia con su señor padre, se prendó de cierto reyezuelo de un pequeño Estado, tuvo con él frecuentes coloquios y le dió tan sanos consejos y le inspiró tan admirables leyes, que su ciudad, única en la historia, se enseñoreó de lo mejor del mundo y fundó hasta hoy el más persistente de los imperios. Ya comprenderás que hablo de Egeria, la ninfa inspiradora de Numa. Otros peregrinos se han presentado por aquí, que se han aprovechado muy mal de nuestras generosas lecciones, moviéndonos á arrepentirnos de habérselas dado. No se han servido de ellas con el desinterés y la abnegación indispensables para que den buen fruto, sino con malvado egoísmo, para engañar al prójimo y seducirle. Cuando esto ocurre, la magia blanca ó *rajah yoga* que nosotros aprendemos y

transmitimos, se malea y se tuerce, y convertida en *hatha yoga* ó magia negra, suele hacer mil estragos como si fuese obra de los númenes infernales. Entre estos peregrinos que nos han dado chasco, te citaré á Simón el Mago, á Apolonio de Tiana, á Máximo de Efeso, consejero de Juliano el Apóstata, y por último, al encantador Merlin, á quien consideran en Europa como hijo del diablo, lo cual no hay para qué decir que es absurda mentira.

—¿Pero es menester, preguntó Morsamor, llegar á estos sitios para participar de vuestra sabiduría?

—En manera alguna, dijo Sankaracharía. Los más aprovechados é iluminados de entre nosotros, poseemos la facultad de entendernos, si queremos, con las personas que están más distantes. Nuestro cuerpo material y pesado es como la creación de nuestro cuerpo etéreo y plasmante, cuya ligereza raya casi en ubicuidad. Nosotros podemos desprender del cuerpo material y pesado dicha forma etérea, mal llamada cuerpo, recorrer con ella inmensas distancias, filtrarnos ó colarnos por cualquier resquicio en la más severa clausura y conversar á todo nuestro sabor con nuestros amigos y adeptos. Así nos comunicamos y entendimos, hace ya sobre poco más ó menos veintidós siglos, con el príncipe Sidarta, entrando en el hermoso palacio de Ka-

pilavastu, donde su padre Suddhodan, rey de los sakias, le tenía encerrado. Con nuestras amonestaciones y consejos fomentamos su vocación é ilustramos su nobilísimo espíritu. Bien podemos, pues, jactarnos de haber influido en que se fundase una religión que en el día profesan más de cuatrocientos millones de seres humanos.

—¿Y habéis tratado y seguis tratando de la misma suerte á algunos sabios europeos, yendo vosotros de visita donde ellos residen?

—¿Y cómo no? contestó Sankaracharía. Yo tengo y visito así á varios amigos de Europa. Uno de ellos, suizo de nación, médico excelente y filósofo de raro y agudísimo ingenio, está avvicinado en Basilea, y es generalmente conocido con el nombre de Paracelso; otro, no menos singular, se llama Cornelio Agripa, natural de Colonia, en las orillas del Rhin; otro, que tiene más fama de brujo que los demás, y dicen que va siempre acompañado de un diablo en figura de page, lo cual ya comprenderás que es una patraña, se llama el doctor Juan Fausto; y otro, por último, con quien estoy yo en más frecuentes y cordiales relaciones, vive ahora junto á Sevilla, en un convento en la margen del Guadalquivir, y se llama el Reverendo Padre Fray Ambrosio de Utrera.

Suspenseo y como turulato se quedó Morsamor

al oír en boca de Sankaracharía el nombre de su benéfico amigo.

—Entonces, exclamó, sabrás quien yo soy. El Padre Ambrosio te lo habrá contado todo.

—Y vaya si me lo ha contado. Yo sabía quien tú eras, he influído en que vengas por aquí; puedo asegurar que invisiblemente te he guiado para llegar á donde no llega nadie sin nuestra venia, y encargando á mi fámulo el disimulo, le ordené que te aguardase en el soto, como, en efecto, lo hizo.

XXXII

No fué una sola vez, sino varias, las que tuvo Morsamor diálogos por el estilo con el sabio viejo. Así aclaró ó creyó aclarar muchas dudas y formar idea, aproximada ya que no exacta, del país á que había llegado y de la gente que en él vivía.

Pondremos aquí, en resumen, el resultado de sus investigaciones ó dígase lo que él acertó á comprender y lo que nosotros podemos expresar sin trabucarlo ni alterarlo.

Era aquel país el de los llamados *mahatmas*, rodeado de montañas tan intransitables, que los profanos no podían llegar á él. Era como unas Batuecas, no groseras y rústicas, sino cultas, elegantes y felices. Cuatro mil años, sobre poco

más ó menos, hacia ya que los habitantes de aquel país vivían apartados de la mayoría del humano linaje, formando una República pacífica y próspera, cuyo único gobierno era el consejo de los señores del *Cenobio* ó sea de los *mahatmas*.

Sankaracharía explicaba de modo harto singular el origen de aquella República. Lo que él contaba dista mucho de parecernos verdadero; antes bien, lo consideramos como fábula impía y absurda, pero nos parece tan curiosa que no podemos resistir á la tentación de ponerla aquí, en breves palabras, remitiendo á los lectores que quieran saber más sobre ello á un libro escrito no hace mucho tiempo y cuyo título es *Dios y su tocayo*.

Prescindamos de la mayor ó menor antigüedad de la especie humana. Dejemos á la prehistoria, ya fundada en la geología, ya valiéndose del estudio comparativo de los idiomas y de otros primitivos documentos, conceder muchos miles ó pocos miles de años á la existencia del hombre en nuestro planeta. Tengamos sólo por cierto, para no disputar con el señor Sankaracharía, que, antes de que apareciese la raza blanca, hubo otras razas que progresaron y se elevaron á no pocos grados de civilización. Así la raza negra, la raza amarilla y la raza de piel roja, cuyos individuos se llamaron atlantes y se esparcieron por el mundo cuando la Atlántida se